



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La integración cultural latinoamericana

Cintra, Vania

Autor:

Forma sugerida de citar: Cintra, V. (1996). La integración cultural latinoamericana. *Cuadernos Americanos*, 6(60), 25-36.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 60, (noviembre-diciembre de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA INTEGRACIÓN CULTURAL LATINOAMERICANA

Por *Vania* CINTRA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CAMPINAS, BRASIL

TRAEMOS A DISCUSIÓN la idea de integración *cultural*, con la cual se encuentra relacionado el proyecto de integración económica de América Latina, sirviéndole tanto de justificación como de objetivo en algunos textos académicos y políticos de cierta divulgación.

Tratamos de comprender las condiciones de su viabilidad y las virtudes que le son atribuidas, e intentar un análisis de los postulados que se presenta, de que es necesario un desarrollo con democracia, con participación de la mayoría, que desemboque en justicia social para la región. En nuestra concepción, ese análisis deberá considerar la dimensión no sólo ética sino también política de la cultura, lo cual, a su vez, requiere algunas consideraciones previas sobre la dimensión y la proyección histórica de la política, tales como la perspectiva de mantenimiento o rompimiento con el orden estructural, la sustancia de las clases estructurales, el objetivismo de sus representaciones, la ideología, el ejercicio de la hegemonía, la cuestión de la identidad (la *nuestra* y la del *otro*) y la del poder en el tiempo/espacio social, el predominio o no de lo económico sobre las demás relaciones sociales y articulaciones entre sociedad y Estado bajo cualquier manifestación, ya sea en el plano de las condiciones objetivas (límites de lo real) como en el de sus potencialidades (llegar a ser).

1

CULTURA, es una abstracción extremadamente compleja. Es *universal* porque corresponde a un conjunto de relaciones entre técnicas, conceptos, prácticas, instituciones, etc., que determinan la experiencia del hombre en su sociedad. Pero es particular porque esas

relaciones están limitadas objetiva y subjetivamente por un cuerpo de reglas (leyes, costumbres, hábitos, convenciones) y diferentes perspectivas asumidas por los individuos en la cultura, que se reproducen a través de condiciones objetivas, entre éstas las opciones conocidas como disponibles y la capacitación a las oportunidades ofrecidas para el ejercicio del saber.

La complejidad y ambigüedad del concepto aumenta porque, bajo el imperativo de la relativización de los diferentes niveles de evolución o de las diferentes formas aparentemente opcionales de cultura observados por sus intérpretes, esas relaciones son avaladas por convicciones y subjetividades que predeterminan lo evolucionado, lo civilizado, lo moderno, lo bueno, etc., y sus opuestos; el contenido de tales atributos no siempre coincide con sus formas, obedeciendo a presupuestos científicos o filosóficos que son depurados en conclusiones categóricas elaboradas por intelectuales que frecuentan la producción de las academias de las sociedades de economía desarrollada o son directamente informados y formados por ellas y que, por esto, consideran que tales presupuestos son correctos o suficientes. Esas relaciones observadas, analizadas e interpretadas son explicadas como pertenecientes a diferentes grados de evolución o diferentes formas o modos de ser, de saber, de desempeño (saber hacer) y de opción, y definirán en qué consiste la diferencia y semejanza entre grupos o sociedades a las que pertenecen los individuos y, en última instancia, entre los mismos individuos, clasificándolos.

Si nuestra región adopta, como periferia, y se subordina a un sistema y a una cultura universal, lo que se denomina hoy una cultura latinoamericana solamente podrá ser definido como una cultura diferente de las de los otros en la medida en que se produce y se reproduce bajo un conjunto de relaciones objetivas, condicionadas objetivamente, que un observador interesado definió como si fueran sus valores y sentidos.

Tales son los padrones que no sólo nos clasifican a partir de los otros, sino principalmente clasifican a los otros.

A pesar de que ni el hombre ni el agrupamiento humano latinoamericano, ni ningún otro, de cualquier origen, se reconocerá jamás en ninguna idealización que lo limite ni se ajustará a ella como si fuese su identidad, esa idealización es elevada a categoría explicativa de las diferencias, como si valores y sentidos fuesen representaciones de hecho, permanentes, definidoras y justificadoras de la diversidad de la humanidad.

Reubicamos así el sistema en (su) orden, sustituyendo las diferencias de raza por las de cultura, y atribuyendo a las etnias, que definen, a través de evidentes y diferentes capacidades o incapacidades de organización y movilización, (su) lugar, adecuado y merecido, entre las demás.

Expliquémoslo mejor: nos es del todo imposible hablar de América Latina sin que el tema de la dependencia asuma un lugar preponderante en el discurso, visto que la historia del desarrollo latinoamericano es *grosso modo*, la historia política y económica extraterritorial bajo las relaciones experimentadas por el sistema: mercantiles/industriales/financieras.

Esta historia nuestra se hará en la estela de los polos de poder, oscilando entre alternativas poco diferenciadas, determinadas por el mercado mundial. Fuimos inventados en el siglo XVI. A partir de la condición de colonias de explotación, vamos a los tumbos, conformando nuestras sociedades y asumiendo nuestra evolución y modernidad. Nos insurreccionamos bajo la influencia del liberalismo, que significaba tanto para nosotros como para los otros.

Nos liberamos y nos hicimos republicanos en el siglo XIX y permanecemos como Estados y sociedades nacionales, atados a las determinaciones de los imperios económicos ya consolidados o en consolidación. Otorgamos la abolición de la esclavitud y creamos formaciones marginales a nuestra propia marginalidad. El siglo XIX exigió de nosotros una opción, pero entre las partes directamente involucradas en dos grandes conflictos entre Estados soberanos en expansión. Al final de ellos, se estableció la ONU como consenso de paz y de respeto a la autodeterminación y a la dignidad de todos los pueblos, y, subordinadas a ella, ALALC y ALADI recortan estratégicamente el ideal de los libertadores y preconizan la integración de la región *latinoamericana*: se señalan con proyectos de desarrollo armónico y mayor competitividad en el mercado internacional, demuestran, a través de la evidencia de problemas semejantes, cuánto somos iguales entre nosotros y diferentes de los demás, y nos ofrecen una misma solución, un razonamiento y una práctica a ser adoptada en bloque, para nuestra confrontación con otros bloques.

En este fin de siglo, la perspectiva de la ONU como mantenedora de una paz que no aconteció y promotora de igualdad de oportunidades virtual entre los hombres se desgasta.

La utopía de una sociedad global desinteresada se desenmascara como un *bluff* y una guerra fría, que nuevamente se discute bajo nuevos moldes, ya había significado que las más crueles manifesta-

ciones del constante conflicto entre grandes potencias se trasladaban a territorios periféricos.

En cuanto al progreso económico, nos llevó a las industrias livianas y a las maquiladoras, y hoy nos lleva a la amenaza de la desindustrialización, verificamos que el respeto a la propiedad intelectual es exigido como condición de reciprocidad comercial y nosotros lo acatamos, sin poseer patentes en calidad o cantidad que nos permitan competir.

La Organización Mundial de Comercio ya reprime los conflictos. Una nueva diplomacia no necesita un cuerpo diplomático, y requiere relaciones individuales entre los jefes de gobierno. Queremos un sitio permanente en el Consejo de Seguridad, pero es permitido recordar, aunque sea de refilón, que ya una vez nos sentamos al lado de Portugal y Algarves en los consejos de las naciones soberanas, y que no corresponde a cualquier desarrollo o alteración de las condiciones estructurales.

En cuanto a eso, las ideas de cultura nacional (integrando el territorio a través de la protección de las fronteras) y de cultura popular (integrando la sociedad a través de la eliminación de la discriminación, de la miseria y de la ignorancia) siempre estuvieron y siguen cargadas de las ideas de soberanía y de emancipación político-económicas; y no representan sentidos o valores diferentes, inventados por nuestras sociedades, tribus o subtribus, urbanas, silvícolas o salvajes. Adoptadas por tendencias teóricas diversas, las ideas de integración a la civilización (abolición, regionalismos, independencia y república, revolución popular-nacional) nos son traídas a través de influencias consideradas progresistas y prestigian formas políticas originarias de las metrópolis de la civilización occidental.

Por otro lado, esa civilización occidental, a la que habitualmente nos referimos como paradigma de evolución del capitalismo, es esencialmente multicultural, considerándose que su complejidad no representa la evolución lineal de una única cultura primitiva, originaria de una única raza o etnia, que se habría plasmado continuamente a través de los tiempos exenta de elementos de otras culturas, originarias de otras etnias.

LA necesidad de imponer un sentido correcto a una sociedad se encuentra presente en la obra de filósofos clásicos, en las de la época en que fuimos descubiertos o inventados y sigue dando frutos.

Acompañando las tendencias ilustradas y cultivadas, el debate respecto de nuestras condiciones culturales hoy se vulgariza, y en todas las instancias se hace entre argumentos que se resumen en los dualismos clásicos, en los cuales los sentidos del Bien y del Mal estarán insertos y los de valor y necesidad se confunden, y los procedimientos de fragmentación y de reagrupamiento por criterios aleatorios no son analizados en sus consecuencias.

Deberemos optar, más de una vez, entre determinados absolutos con la finalidad de relativizarnos adecuadamente: naturaleza y control, retroceso y evolución, autoritarismo y democracia, pasado y futuro, arcaico y moderno, nuevo orden y viejo Estado.

La abstracción se impone y sofisticada al absurdo; desaparecen de la discusión lo concreto y lo presente, que son exactamente el resultado de las opciones del pasado y el imperativo de las opciones del futuro. Desaparecen del mismo modo las articulaciones y las contradicciones entre ideas y prácticas, especificidad y totalidad, territorio e intereses, identidad y universalidad.

Observamos que un nuevo orden internacional requiere, además de un nuevo consenso económico y una nueva cultura política, un nuevo Estado de orden. Entretanto, si creemos en la posibilidad de asumir nuevos rumbos, y nadie podrá negar que la decisión sea urgentemente necesaria, cualquier evaluación consecuente sugerirá, más de una vez, que esos rumores no significan y no se reducen a una escuela polarizada, tal como en el pasado fue entendido. Y exigirá que los conceptos de derecha y de izquierda o de conservadurismo y progreso se redefinan bajo otras perspectivas; pues si, por un lado, se nos propone, como imperativa, la neutralización (y el desarme de las instituciones) del Estado, puede resultar en la perpetuación de la dependencia de nuestras sociedades a la estructura de la sociedad civil internacional; si, por otro, se impone la ruptura con un orden estructural que nos coloca en situación de subordinación, podrá exigir un Estado insurgente todopoderoso.

Si evaluamos el papel a ser desempeñado por las instituciones formales, nada nos dice que, por sí mismas, sean justas o injustas; pero todo nos lleva a creer que no acostumbran ser consideradas legítimas o no, éticas o no, modernas o no, conforme indiquen adecuación a las necesidades sociales, pero, si se predeterminan de un sentido correcto al entendimiento del derecho, a través de la hermenéutica del derecho, a la política a través de la filosofía política, al espacio social a través de la teoría económica, a la región en función del universo considerado, a la escuela en función del mercado

existente, al bienestar en función de la variedad de bienes disponibles, y a la soberanía en función de la reproducción de los lugares internacionales. La conclusión de esa evaluación es que podremos no insistir en asumir el estigma de la diferencia en busca de semejanza, aquello que conviene a los otros, y que se da a través de la aplicación de un moderno, en sustitución de un arcaico, según criterios absolutos y no relativos a lo concreto, y de una participación irreflexiva en sustitución de la apatía que nos es atribuida. Y pensar en asumir la semejanza en busca de la diferencia que nos conviene.

3

LA representación de la estructura básica de clase de la sociedad europea de los siglos xiv-xvi ya presenta, entre la nobleza y el campo, una burguesía comercial ascendente con vocación de clase dominante: no es otra cosa sino una clase media, nacida del sector dominado, que, en un determinado tiempo/espacio, rompió con el Estado de orden feudal y aristocrático. Surge como clase revolucionaria, y los intelectuales celebran sus cualidades. Burguesía, nobleza y aristocracia son categorías históricas. Y burguesía es una categoría moderna. Significa aquello que en una clase media europea logró transformarse. Dominados, por lo tanto, serán los intereses de una sociedad no burguesa, periférica, de los súbditos de un Estado nacional, porque como tal son reconocidas las identidades en el ámbito internacional, en nombre de las cuales la burguesía discursa y de los cuales se vale en sus argumentos.

El consenso sobre las prácticas económicas permite y legitima cualquier orden, y, por lo tanto, permite y legitima el dominio a través de las armas y del saber. Al organizarse la administración del territorio americano conquistado no se reproduce una miniatura o una imitación de la sociedad europea, sino que se reproduce su estructura básica: se mantiene una clase dominante, la burguesía europea, cosmopolita, internacional por origen y esencia, cuyas empresas, en asociación con la nobleza de la época, obtienen lucros con la mano de obra nativa, esclava o de clase dominada inmigrante, permitiendo la formación de una sociedad nacional que aquí se desarrolla según determinaciones político-económicas de las metrópolis. La clase dominante burguesa originaria es la que promueve la administración de la colonia y, a su tiempo, organiza el Estado latinoamericano conforme a sus intereses; y produce, con el tiempo, la reproducción del consenso, a través de sus intelectuales orgánicos

nativos, ligados a la esfera pública. Se adueñan del Estado, y lo utilizan no como instrumento de organización de una nueva sociedad política nacional soberana, sino como instrumento de reproducción de la sociedad civil global, que se refiere a la esfera privada.

Si el continente latinoamericano es fruto de condiciones históricas europeas específicas, sus sociedades poseerán un tiempo/espacio diferenciado. Si el origen y la evolución son diferenciadas, se interpreta que la cultura será diferente y probablemente equivocada. Tal como la ciencia observa en las sociedades primitivas, será contraria a los cambios, como orden original lo medieval y lo mercantil serán plasmados continuamente, y espacios y tiempos serán eternamente de periferia. Pero, es posible ponderar, utilizando los mismos argumentos, que si tal no ocurrió con la clase media europea, si hoy podemos hablar de una clase media latinoamericana, y si ésta en nada se parece a la vieja clase media, ni posee las prerrogativas políticas de una nueva clase media de los países de economía desarrollada, serán las propias circunstancias geográficas e históricas las que desmientan las conclusiones científicas. Nuestra clase media será virtualmente una nueva clase, nacida y desarrollada bajo nuevas circunstancias. Ponderemos que, tal como la originaria, ésta es reformista, y no revolucionaria. Pero requerirá una perspectiva política diferenciada, un proyecto viable, unificador, consistente y actual, para que la propia historia se haga.

Si el Estado europeo se transformó en instrumento de poder político y económico de clase insurgente, si la hegemonía es el consenso sobre la dirección política ejercida por una clase económica que se impone en la esfera intelectual —y que se impone sobre la sociedad latinoamericana bajo una ideología de ex clase media europea, hoy clase dominante— ¿qué papel podrá ser desempeñado por una clase media brasileña, latinoamericana, en el siglo XXI? ¿Se-guir justificando filosóficamente los intereses de quien la somete?

EN la propuesta de integración, que alardea nuevamente el cambio de nuestras condiciones objetivas, es el sentido del cambio lo que gana importancia, o sea, la dirección del desarrollo, el significado de la justicia social. Tal evidencia nos remite a la historia y al sentido de nuestra historia, a las predeterminaciones y al sentido de las predeterminaciones, a la formación del Estado y de la sociedad latinoamericana, y al sentido del Estado y de la sociedad. Cuando

hablamos de cambios, hablamos en acción y en resultados. Pero las acciones que aspiran a cambios, directos o indirectos, no gozan de pretensiones revolucionarias, y ni siquiera políticas en sentido estricto, sólo porque un día lograron gozarlos o fue interpretado que gozasen de ellos. Cualquier acción es más o menos política o revolucionaria, dependiendo de la alteración de las estructuras que contiene como virtualidad.

La cultura es un patrimonio de la humanidad. Hay quien la consume, quien la utiliza, quien la menosprecia, quien la sobrestima, quien la produce y quien la transmite.

Discutir lo que ella sea, y de quién sea, no es valerse de ella como un negocio, no interesa exactamente a los mercaderes o a los administradores de industrias poderosas, sino que es de interés inmediato de administradores, profesores, educadores, investigadores, intelectuales que son la clase media y que definen qué es y de qué especie son los individuos que la cultura abriga y organiza. Es interesante observar que la cultura es también el único patrimonio de la clase media, que exactamente por eso no se confunde con un proletariado, y que transmite como herencia no sólo a sus hijos, sino a una generación entera o a varias generaciones, prede-terminando, en el presente, todo el futuro. Más interesante aún es observar que nosotros somos esa clase media, y que poseemos el poder real de transformar o perpetuar las condiciones de la historia, al integrarnos a la mayoría de nuestra población, o, por el contrario, a fragmentarla en un cada vez mayor número de subgrupos y subespecies con sus subvalores, relativizándolos, marginalizándolos, segregándolos y, finalmente, eliminándolos de la faz de la tierra. Y, en esa saga insana, eliminándonos a nosotros mismos y eliminando nuestras propias condiciones de supervivencia.

Revisitando el conocido método de alfabetización/educación de adultos de Paulo Freire, destinado a la comprensión de las condiciones reales de los *favelados* por los propios *favelados* a través de la descomposición de palabras generadoras tales como *favela*, observamos que algunos proyectos concebidos para frutos a mediano plazo fueron interesantes. E indagamos ¿por qué *favela* es solamente *favela*?

¿Por qué condenamos, y nos atrevemos, a la no conciencia, los alfabetizados? ¿Por qué no nos atrevemos y discutimos hechos/textos generadores como sociedad global-internacional o esfera privada y tantos otros que pueden ser descompuestos? Y si intentáramos situar, bajo tal referencia, palabras tales como pobre,

subdesarrollado, autoritario, incompetencia, arcaico, ocio, fragmento, totalidad, retroceso, etc.? Porque *¿cómo pensar escuela sin conocimiento?*

5

Por lo que entendemos, la cultura en América Latina se desarrolla en el sentido de la justicia social en la exacta medida en que permite pensar a América Latina como diferente porque dependiente.

Tal como se entendió, la oscilación de preferencia intelectual entre polos hegemónicos o conflictivos no altera la dependencia estructural. Tal como se entendió, la dependencia intelectual, al contrario de la económica, no se manifiesta en los medios utilizados sino en los fines propuestos. Lo que se organiza a través de la práctica de la escuela es el saber y no la revolución, no el desarrollo, no la justicia social. La acción de los intelectuales orgánicos, que son de clase media, no debe presuponer ningún cambio o resultado sin respaldo en condiciones objetivas, y éstas incluyen las capacitaciones intelectuales, que no podrán reducirse a las técnicas.

Decimos que las opciones político-económicas de hoy son más definitivas que las anteriores, porque el proceso denominado globalización, que no es ninguna novedad, se impone formalmente como definitivo. Las opciones que permite son opciones, aún hoy, definidas y justificadas en términos del mercado. Pero la desindustrialización es apuntada como hipótesis no remota, y el proceso de desempleo es evidente. La democracia y el poder de voto de los individuos se depara con el autoritarismo y el poder de veto conferido a las sociedades desarrolladas o a las instituciones representativas del poder no democrático. La clase media se proletariza.

Y entonces preguntamos: *¿cuál será el mercado o cuáles serán los polos hegemónicos del siglo XXI? ¿Dónde y cómo se ubicarán las economías latinoamericanas? ¿Dónde se ubican nuestra investigación y nuestras patentes?* Muchas de las cuestiones aún están abiertas, para nosotros, latinoamericanos, ya que otros ya tienen su respuesta. Cuestiones que la universidad deberá discutir. Entre ellas, la de si existe la posibilidad del advenimiento de nuevos Estados de clase media latinoamericana, que serían inconcebibles en el caso de que no incorporasen como tal a aquellos que hoy están predestinados a la marginación y a la mera eliminación. Y la de cuál es el camino para construirlos. Y así, el sentido de nuestro desarrollo como el punto de partida más importante.

La historia de la humanidad se encarga de comprobar que cultura definida como un sentido de perfeccionar conforme a la naturaleza de la humanidad no corresponde a cualquier realidad. Bajo este concepto, lo concreto en lo cual se basa —la verdadera, justa y buena naturaleza del hombre— no sólo se conforma como una expectativa, un destino-promesa universal, que pasa a ser concebido como real, existente de hecho, cuando no extraterritorialmente, en la utopía de la modernidad y del desarrollo. Pero cultura desarrollada significa autodeterminación con relación a las posibilidades de futuro. No se reduce a la autocrítica de los errores pasados, ni se traduce como que cualquier sociedad es ciudadana porque electora, por cuando las sociedades no poseen cerebros u organización disociados de los individuos. Desenvolvimiento intelectual con sus materiales significa autocrítica constante, permanente, sobre las posibilidades de éxito en la lucha por la definición de las cuestiones fundamentales en beneficio de las poblaciones como un todo.

En este cuadro, cultura latinoamericana es algo tan real o diferente cuanto culturas nacionales, populares, étnicas, profesionales, etc., que existiesen espiritualmente en las modernas sociedades nacionales capitalistas disociadas de la cultura, de la realidad, de la tradición y de la universalidad del sistema. Considerándonos insertos en la sociedad global, no nos basta como expectativa un aumento de salario o un puesto de trabajo o una democracia formal, si las decisiones siguen alienadas de la reflexión y de la participación de una población que debería estar en la escuela y organizada en el Estado. Sin discusión, y sin conceptos que la permitan, sin que un programa sea una práctica fundada en la comprensión de la realidad total, sin que ésta sea permanentemente revalidada, la cultura producirá, en cualquier lugar y tiempo, la reproducción del orden estructural (que la camada “burguesa” nacida del orden feudal, sustituyó a su tiempo por “su” orden), reproducirá la dependencia, y permanecerá, sin respuesta producida dentro de ella misma, amenazando la posibilidad de cualquier cambio real, inclusive la referente a la superación de la miseria que nos atormenta.

6

EN el proceso de integración económica bajo la perspectiva del planeamiento de la educación y de la cultura, la cuestión que todavía debe ser respondida es: ¿por qué un plan trienal para el sector de la educación y un mercado común del conocimiento, apoyados

por el Estado de orden, por organismos internacionales, y por empresas privadas multinacionales pretenden la reestructuración del sistema escolar en todos los niveles y la formación de conciencias favorables a la integración, al mismo tiempo que el Estado y sus monopolios son ferozmente combatidos?, ¿por qué la necesidad de integración cultural?, ¿qué viene a ser exactamente integración cultural? En América Latina las producciones materiales e intelectuales están de tal forma disociadas de las condiciones objetivas del hombre medio que elevan su alienación al extremo, y en este cuadro se ubica la intelectualidad de clase media latinoamericana. Por cierto, Gramsci tenía razón al afirmar que un desierto será siempre un desierto, aunque tenga oasis con altas palmeras. De nuestros oasis, los vientos diseminan como argumento para la integración cultural y económica nuestras supuestas verdades, extrañas a las verdaderas verdades, que deberían ser suficientes para alterar nuestras reales condiciones, en el sentido de aproximarnos a los patrones y a los valores espirituales considerados deseables y definir nuestras posibilidades futuras.

El papel de la escuela para la capacitación profesional es fundamental. Pero la escuela también determina la calidad y el aprendizaje la cultura y su transformación —no la transformación inmediata, sino la eficaz, la que produce resultados diferentes o trunca su expectativa— pudiendo construir la emancipación política o reconstruir la dependencia indefinidamente. Una cultura diferente de los padrones evolucionados de la humanidad podrá ser definida como aquella que admite la utilización de los mismos saberes, conceptos, técnicas y medios aspirando a fines diferentes de aquellos para los cuales fueron creados. Sólo un gobierno nacional fuerte, vinculado a la población que representa a través de un programa coherente con sus objetivos y sus necesidades, un programa que sea consensualmente comprendido en su proyección y no sólo aceptado por la mayoría, podría facilitar y promover el desarrollo, elevando el nivel cultural nacional-popular, haciendo posible la selección de nuevas direcciones intelectuales.

Reconociendo que las sociedades modernas se definen por el poder político ejercido por el Estado, al contrario de las arcaicas, carentes de instrumentos capaces de organización política, decimos que ya somos modernos. Pero también decimos que un Estado de clase latinoamericano, que hoy no nos espera, podrá ser un nuevo Estado, diferente del Estado de este orden que se renueva bajo los mismos términos del viejo orden. Y afirmamos, por fin, que

un nuevo Estado no surgirá de cualquier cambio o reforma de última hora. Porque el orden y el Estado se rehacen diferentes sólo a través de la acción de los intelectuales de clase media, siendo uno de los caminos la lucha constante por una escuela universal, gratuita y de calidad, que es donde ganamos la cultura, donde las ideas son transmitidas. Y desde el momento que esas ideas no tienen valor de verdades, es que la cultura, en su práctica, enseña.

Nuestra perspectiva, hoy, se reduce a alimentar la discusión sobre cualquier proyecto lanzado para América Latina que sea aplaudido o incentivado por el conjunto de la sociedad internacional. Para que, lo acepten ellos por nosotros, se dirijan a los intereses de nuestra población, a la cual pertenecemos, queramos o no, y para que se liberen de los argumentos místicos o míticos que, representando los intereses de los otros, son levantados como si fuesen factor de nuestra conciencia individual. Al definirnos cuáles sean los cambios que nos son necesarios, muy probablemente no encontraremos aquéllos en el sentido de integración de las poblaciones de los Estados nacionales de América Latina en un bloque compuesto de intereses, un bloque que acepta un lugar predefinido para sus poblaciones, perpetuando el destino común determinado desde sus orígenes por la sociedad civil global internacional —por aquellos otros que también están en nosotros. Lo necesario y urgente será, en este momento, o tal vez siempre, no dar más definición de nuestra organización política, del control de nuestras posibilidades de futuro y de la afirmación de nuestra integridad nacional, aquella que nos dice, y confirma a los otros al final de todo, quiénes somos nosotros.

Traducción del portugués de María del Consuelo Rodríguez